

paz, les aconsejó que si los Apaches vinieran á sus tierras con el motivo de la paz, no les dieran, como los otros sus parientes habian hecho, cubinas, ni ellos fueran á sus tierras; porque la paz con los Yabipais no se habia de efectuar hasta que entraran los Españoles: de allí fue visitando las Rancherías de los Opas, recibién-dole en todas con mucho gusto y agasajo, les afeó la traición que hicieron á los Apaches, recibéndolos como amigos y haciendo bayle mataron siete; pero que reservaran la paz hasta que llegaran los Padres y Españoles, para evitar otras traiciones y muertes. Llegó á los Pimas Gileños acompañado del Gobernador de los Cocomicopas, y hubo un grande regocijo, porque tambien habia llegado á ellos la noticia de que le habian matado. El Gobernador Gileño le dixo al Padre, que todos los parientes estaban muy contentos por verle vivo, y que querian hacer fiesta, y junta de todos los Pueblos, y el Padre le respondió que la hicieran, pero apartados de su presencia: porque ya presumia en lo que habia de parar la demanda. Fue así, porque á poco rato ya oyó que cantaban de monton, y con voces desentonadas decían: Nosotros estamos buenos, estamos contentos, y conocemos á Dios: somos gentes para pelear con los Apaches: nos alegramos porque ha venido el viejo ( así llamaban al Padre ), y no lo han matado los Apaches: como tal gritería era agena de la seriedad de los Pimas, conoció el Padre que era

efecto del vino, que produjo varios efectos: unos le besaban la mano, otro le decia me has de bautizar un muchachito, otros esta es tu casa, no te vayas á ver al Rey, y otros se persig-naban.

Grande fue la mohina que al Padre le causó aquella general borrachera, pero no era menor el gusto de oír las buenas expresiones en que prorumpían, aun faltos de razon. Al otro dia habló con el Gobernador abominándole tales excesos, pero le satisfizo diciendo: Padre, esto se hace muy pocas veces, y solo por el tiempo del sañaro: así vomitan amarillo los parientes, y queda el cuerpo sano. Mas gusto tuvo el Padre en observar que ninguna muger se embriagó, ántes bien cuidaban á sus maridos. De aquí fue por las jornadas hechas en la entrada, saliendo hasta su Misión de San Xavier del Bac, á la que llegó el dia diez y siete de Septiembre del año de setenta y seis. De suerte, que habiendo salido de la dicha Misión el dia veinte y uno de Octubre del año de setenta y cinco, y vuelto á ella el diez y siete de Septiembre de setenta y seis, gastó en el viage once meses ménos quatro dias, y se computa que andubo en él cerca de mil leguas. Las Naciones que visitó fueron nueve, y segun el número que reguló de personas, pasa de veinte y cinco mil y quinientas; todas ellas tan bárbaras, que ni guías le querian dar para pasar de unas á otras, pero su zelo apostólico amansaba á aquellas fieras.

## CAPÍTULO VI.

*Lastimoso estado en que estaban las Misiones de la Pimeria alta el año de setenta y seis.*

FAMOSA fue siempre la luz del Pharo, inventada para mostrar el Puerto á los navegantes, y suplir por el Norte quando se cubria de nubes; simbolo muy expresivo de la vigilancia con que deben vivir los que tienen obligacion de conducir almas, y mas quando el Norte que debe regirlos les priva del influxo de sus luces. Así caminaban los Misioneros en el gobierno de las Misiones, y desde el año de setenta y tres habian llegado sus clamores hasta el Tribunal del Señor Virrey, representando las urgentísimas causas para que fueran auxiliadas en lo espiritual dándoles Compañeros, por ser insoportable, y muchas veces imposible el que un Ministro solo pudiera acudir al socorro de las almas repartidas en varias y distantes Visitas, mayormente quando enferma ó muere, que quedan privadas de él por mucho tiempo; y en lo temporal poniéndoles algun resguardo á aquellos indefensos Pueblos, por la distancia de los Presidios, con la escolta de dos ó tres Soldados, que animaran en su defensa á los Neófitos, y contuvieran la insolente osadia de sus crueles invasiones.

Para instruir la necesidad de una y otra peticion, y justificar el indispensable gasto que causarían al Real Erario, ordenó S. E. que por el Colegio se hiciera una Visita de las Misiones, como ya se ha dicho ántes, y efectuada, representaron en sus in-

formes los Misioneros las actuales aflicciones en que estaban, recrecidas por no poder uno solo satisfacer los cargos del ministerio, y los inminentes peligros en que se veían los Pueblos por la obstinada malicia y continuas invasiones de sus crueles enemigos: pero toda la claridad que esperaban les produxeran estas representaciones del Norte, y influxo del Superior Gobierno, para por él dirigirse con acierto y consuelo, se la eclipsaron otras muy densas nubes, que les impidieron llegar á verla, y así se quedaron ofuscados en sus mismas congojas, pero atentos siempre á la divina luz del Señor que guarda la mística Ciudad de la Iglesia, y que les animaba á la infatigable vigilancia y desvelo, que son inseparables de las obligaciones del apostólico ministerio.

Esa era la armería que desterraba de sus ánimos todo temor, y les infundia confianza en medio de inevitables peligros: pues era tan lamentable el estado de aquella infeliz Provincia, que en su mismo seno alimentaba y abrigaba sus mayores contrarios, sin querer conocerlo sus principales Gefes. Vivian en el Pitic los Seris y Piatos, manifestándose á los Españoles muy reducidos y quietos, con lo que los tenían muy confiados, y así no creían lo que se les avisaba de los daños y sangrientos estragos que su alevosia andaba maquinando y haciendo con sus aliados los Apa-

ches en todas las Misiones y Presidios, sin haber camino ni lugar en que no se experimentasen muertes é incendios. Ni dexaba su malicia de hacer tambien la guerra con las armas de su perfidia, inspirando en los Indios de las Misiones rebeliones y alzamientos, como lo intentó el Gobernador de Tubutama; pero habiendo llamado para auxiliares á los Papagos, éstos avisados para la funcion, se la declararon con todas sus circunstancias al Padre Presidente, el que considerando ser necesario dar noticia de ello á los Gefes, siquiera para su gobierno, haciéndolo, no sacó otro crédito que el de ser fácil para creer á los Indios, y los Seris y Piatos el de fieles vasallos; mas al fin la vigilancia de los Misioneros no les dexó lograr las perversas intenciones de su malicia, dirigidas á que aquellos Neófitos sacudieran el suave yugo de la Ley y Evangélica Doctrina.

Mayor fue la indolencia con que se vieron las siguientes desgracias. El mes de Noviembre del mismo año de setenta y seis, á las ocho de la mañana, los Seris con algunos Piatos y Apaches dieron en el Pueblo de Santa Maria Magdalena el mas feroz asalto, en que al primer golpe lo incendiaron, y casi destruyeron; fue especial providencia el que las mugeres y muchachos acababan de rezar la Doctrina, y se refugiaron á la casa del Padre, que despues de haber dicho la Misa se fue á ella: eran los enemigos quarenta, y los defensores quatro, y por eso sin resistencia alguna se hicieron dueños de todo: sacaron del corral las pocas bestias que habia, y el ganado manso y bueyes; y saqueando las casas de los Indios les iban poniendo fuego; y retirándose un poco para asegurar el ro-

bo, volvieron con ferozes intenciones á dar el segundo asalto. Era caudillo de él un Indio apóstata llamado Juan Cocinero, y como ladrón de casa, aunque aquella no era la suya, se arrojó á la del Padre, en cuyas piezas estaba la gente refugiada: era la casa de adoves, y sus techos de sacate, por lo que subiendo por una escalera les puso fuego, y como que ya tenia asegurada la muerte de todos, pasó su infernal rabia á saquear la Iglesia, rompieron á golpes la puerta, y haciendo lo mismo con la caja de los Ornamentos, se los llevaron todos con el santo Caliz, y derramando por el suelo los santos Oleos, se cogieron los Vasos, y destruyeron la Pila bautismal, candeleros y todo quanto servia para el culto Divino, rasgando los lienzos é Imágenes, y sacando de una Urna la de San Francisco Xavier, que quebraron y tiraron al suelo.

Segunda vez se retiraron al monte, y por el camino fueron rasgando las ojas del Misal, y tirando lo que no les quadraba. Ya el Padre, las mugeres y muchachos estaban á punto de perecer, porque el fuego habia consumido lo mas de la casa, y empezaban á arder una sala y dos piezas en que estaban juntos todos, y muy fatigados del humo; y dando los enemigos el tercero asalto solo para quitarles las vidas, pues ya no tenían otra cosa en que cebar su bárbara protervia, embistieron á la puerta con fuertes golpes de piedras, y le hicieron un agujero, por el qual tres Indios, que estaban tambien refugiados, les dispararon algunas flechas, con lo que se contuvieron un poco; pero volviendo de nuevo al ataque, ya no habia fuerzas para resistirles la entrada, por lo que el Padre clamando á Dios y resignado á morir, exhortaba á sus

Indios para implorar el auxilio Divino, y para merecerlo les excitaba al dolor de sus pecados, para tambien poder absolverlos; pero en el extremo de tan próximo peligro, vinieron las misericordias del Señor para no ser consumidos.

Desde el primer asalto uno de los quatro Indios del Pueblo se fue corriendo al de San Ignacio, que dista dos leguas, á pedir socorro, lo que no advirtieron los enemigos, y por eso tomaron tan despacio el tiempo, para dexarlo todo hecho cenizas; y estando en el intento de quitarles las vidas, vieron venir Indios de San Ignacio, y detrás de ellos mas gente, que azorada de los humos se daban prisa para el socorro. Esto obligó á los enemigos á retirarse, por no perder el pillage, y animó al Padre para salir á fuera por confesar á una muger preñada que estaba muriendo de las lanzadas, la que murió con una criatura suya que tenía las tripas de fuera. Redonocióse la demas gente del Pueblo, y sólo se hallaron ménos una muger casada y dos hijos suyos, que se llevaron los enemigos cautivos.

Fue esta excursion tan fructuosa y feliz para los enemigos, por no haber perecido ninguno de ellos, y por el botin que pillaron, que á los ocho dias repitieron su arrojó los mismos quarenta Indios en la Mision de Sarie, dando el asalto á la una del dia, en el que hicieron un sangriento destrozo en los Indios del Pueblo, se llevaron los bueyes y bestias, lanzaron doscientas reses de ganado menor, y pegaron fuego á la mayor parte de las casas: de suerte, que mataron á unos, lanzearon á otros, y con los que ahogó el fuego, fueron once los que se enterraron al otro dia, y quedaron quatro heridos en el último peligro,

llevándose una muger cautiva: la parte del Pueblo que incendiaron, la saquearon de los víveres y ropa que tenia, con tal seguridad, que se llevaban en mantas el frijol y demas semillas; y aunque hicieron mucho esfuerzo para robar la Iglesia, no pudieron romper la cerradura; pareciendo á todos milagro el que el Pueblo no padeciera un total exterminio, porque si hubieran puesto el fuego por la otra parte de él, se hubieran convertido en cenizas la Iglesia y la casa de los Padres.

En su retirada pasaron por la Mision de San Ignacio, y como si no fueran ricos de despojos, se llevaron otras veinte cabezas del ganado manso. Eran estos golpes tan recios como repetidos, y despertaron al Presidio inmediato, para que unidos treinta y cinco Soldados con los Indios de los Pueblos, salieran á campaña contra los enemigos; y todo el efecto de ella fue volverse diciendo, que no pudieron alcanzarlos, que es lo que sucede de ordinario. La India que apresaron en el Pueblo de la Magdalena, tuvo fortuna de huirseles del camino, y vino á salir á la Mision de Cocosepera, y como hablaban delante de ella sin recato, declaró que los Piatos y los Seris iban con los Apaches á su tierra muy contentos con los despojos, para convidar y convocar á otros muchos, para que viniendo bien armados, destruyeran todos los Pueblos. Este fatal proyecto, que habia tiempo estaban practicando aquellos bárbaros, sin que la vigilancia de los Misioneros hubiera podido impedir la destruccion de siete Pueblos, le obligó al Presidente de las Misiones á pedir dos Soldados siquiera para resguardo de seis Misioneros, que estaban de resultados de tantos incendios

recogidos en el corto Pueblo de Ymuris, y se le respondió que eso no se podía hacer sin facultad de los Superiores. Al Gobernador de la Provincia le dió cuenta de todo lo sucedido en la Magdalena, y no se le dió respuesta alguna: por lo que prosiguiendo en sus invasiones y ataques todo el año de setenta y siete los bárbaros, era preciso que también estuvieran expuestos á sus rigores los Misioneros; pero estando indefensos de toda protección humana, era casi visible la divina que los defendía: y como es inexorable su eterna Sabiduría, quiso que la corona de uno enardeciera el zelo y vigilancia de todos.

Por Abril del año de setenta y ocho era Ministro de la Mision de Tubutama el P. Fr. Felipe Guillen, y habiendo ido á la Visita de Santa Teresa, para que se rezara la Doctrina, explicarsela, y hacer las demas funciones de su ministerio, dixo la santa Misa, y se fue para la Mision del Ati, distante dos leguas, y en el camino le salieron siete Indios, y dándole uno de ellos una lanzada en el pecho, de cuyo violento bote cayó muerto al suelo, quedó aquella pálida arena transformada en hermosa púrpura. No pudieron aquellas crueles fieras cebarse en la sangre de aquella inocente víctima, ni executar los destrozos que en los cuerpos difuntos acostumbra su sevicia para obstar su facineroso valor en sus mitotes y fiestas; porque iban huyendo de los Indios del Ati, en donde acababan de hacer otras quatro muertes. Fueron los agresores, segun unos los Seris, y segun otros, los Apaches, porque unos y otros andaban mancomunados, para con muertes, incendios, robos y cautiverios asolar toda la tierra. A poco de sucedida la desgracia ocurrieron

los Indios de la Mision del Ati, y llevaron á ella el difunto cuerpo, de lo que avisó el Padre Ministro á los mas cercanos Misioneros, y al siguiente dia concurrieron tres, y todos los Indios de Tubutama, Santa Teresa, Oquitoa y Ati, para darle sepultura, siendo el mayor honor de sus exequias las copiosas lágrimas que los Neófitos derramaban, y las que el amor les hacia verter á sus Hermanos sobre el cadaver.

Peto es la vigilancia apostólica una valiente espada que defiende la vida del espíritu, y que al Demonio, que es el Capitan de los Apóstatas y Paganos, le deguella en sus asaltos; y por eso ni tan dolorosos sucesos, ni los propios peligros han sido bastantes para arredrar á los Misioneros del cumplimiento de su ministerio; y si ha faltado alguno en el combate muriendo, al punto le ha sucedido otro, que impávido mantenga el puesto, y que con suavidad y eficacia conserve á los Neófitos en el cumplimiento de las obligaciones de Christianos, y de la subordinacion y vasallage del Rey en sus Ministros. Este zeloso desvelo en medio de tanto desamparo, ha querido el Señor bendecirlo, consolando á sus Ministros con que vean su especial protección en medio de los mayores trabajos, que han causado el corto número á que las epidemias y los enemigos han reducido á sus Neófitos, y que no obstante los atrasos y pérdidas que han padecido en sus bienes, ellos espontáneos y gustosos han querido complacer á sus Ministros, fabricar las Iglesias del Pitic, de Tubutama, de San Ignacio, de San Xavier, del Saric y del Tugson, todas de ladrillo y bóvedas: han renovado y techado las de Tunacaori, Cocos-

pera y Calabazas, y estando todas útiles y decentes para celebrar los divinos Oficios, están también adornadas y aviadas con abundancia de correspondientes Ornamentos, Vasos sagrados, y demas utensilios para la administración de los Santos Sacramentos, y funerales de los difuntos.

Bien saben los Misioneros que en las Misiones solo son víctimas preparadas para el sacrificio, sin deber esperar mas que la hora en que el Señor se digne de aceptarlo, ó ya sea en la ara de una penosa cama, por las enfermedades que son continuas en aquellas tierras, ó en la de la caridad al bote de una lanza, ó á los golpes de palos ó flechas; pero ni las muchas aguas de sus ingraticudes han podido extinguir el ardiente amor con que

les han solicitado las mayores comodidades para su salud, su vida, y la defensa de sus personas y familias. Con solo este objeto los han animado, y personalmente ayudado á civilizarse como racionales, y mirar su conservación como hombres, para que pudieran vivir como Christianos: para ello les han persuadido dexar la costumbre de habitar en chozas de sacate, y formar con orden, proporcion y comodidad casas de adoves con sus terrados, para precaverse del fuego, y con sus puertas y cerraduras para seguridad de sus bienes y personas; para lo que también los han hecho cercar todo el recinto de sus Pueblos con murallas de adoves, que contengan á los enemigos en sus asaltos, incendios y robos.

## CAPÍTULO VII.

*Promueve el Gobierno nuevo de la Provincia la fundacion de Misiones en los rios Colorado y Gila.*

**L**LENO de zelo y actividad el espíritu del Exmó. Señor Virrey Don Frey Antonio Maria Bucareli, tenia prevenidas las Misiones para que se fundasen las Misiones en el Colorado y Gila al abrigo de los Presidios de Buena-vista y Horcasitas, que le habia mandado al Inspector Don Hugo de O-Conor se trasladasen á esos rios, de lo que queda hecha memoria por su Carta al Padre Garzés. Á éste le encargó S. E. que en el tiempo en que el Capitan Ansa comandaba la expedicion de S. Francisco, se quedase con otro Compañero á explorar las intenciones y disposicion en que se hallaban las Naciones que pueblan aquellos rios, para recibir el catequismo y sujetarse

al vasallage de nuestro Soberano. El dia quatro de Diciembre de setenta y cinco se despidieron entrando unos á su expedicion y comenzando el Padre sus encargos; pero habiéndose éste intrincado en las tierras de numerosas Naciones que iba descubriendo, quando el Capitan Ansa salió al rio Colorado el dia once de Mayo de setenta y seis, halló al Compañero del Padre Garzés muy contento, y obsequiado de los Indios, pero ni aun noticias pudo tener del Padre Garzés, ni del parage en que pudiera hallarse; y aunque hizo algunas diligencias, fueron todas sin efecto, por lo que prosiguió su camino á los cinco dias, y llegó al Presidio de Horcasitas el dia primero de Junio.

Pasó á México á dar razon de su comision y resultas, llevando consigo al Indio Capitan Palma, á otro hermano suyo, y á un hijo del Capitan Pablo, y un Cajuenche. Todos lograron la fortuna de ponerse á los pies de S. E. quien los recibió agradable, y con tanta humanidad, que desde la primera vista les dexó su benignidad y respetable estilo, cautivos á su voluntad, y agradecidos, no ménos que admirados del soberano modo con que les dió á entender la necesidad que todo hombre tiene para ser feliz de sujetarse al suave yugo del Christianismo, y que abrazándolo gustosos, les ofrecia en nombre de nuestro Católico Monarca, y estaba muy inclinado á franquearles á ellos y á sus Naciones, todas las mercedes que para su bien espiritual y temporal fueran necesarias. Quedó el Indio Palma tan prendado, que conociendo los deseos que S. E. manifestó tener de que fuesen Christianos, pidió le dixeran lo que habia de hacer para conseguir el Santo Bautismo: de esto se produjo un memorial en que supplicaba á S. E. se les concediera á él y sus tres Compañeros el que los bautizaran: lo mismo pedia para toda su Nación, y que se les dieran Padres para que los instruyeran en la Doctrina Christiana, y los bautizaran.

Fue este Memorial de mucha complacencia para el Señor Virrey, y no solo lo aplaudió, sino que en atención á sus expresiones, ordenó que Palma y sus compañeros fueran catequizados y bien instruidos, y se les administrase el santo Bautismo, en el que manifestó su magnificencia con gusto, y para darlo á S. M. le remitió el mismo Memorial. Es cierto que el Indio Palma habia dado pruebas nada equívocas de una sincera y

generosa voluntad al Padre Garzés, desde sus primeras jornadas, y no ménos en la ocasion de la expedicion á los Españoles, admitiéndoles con sus posibles obsequios, no solo en sus tierras, sino en su misma casa. Tambien es cierto que se portaba muy atento á los Misioneros, y deseoso de tenerlos en su compañía, comprobando la inclinacion que tenia á la Religion Christiana, en la circunspeccion con que asistia á la santa Misa de rodillas, se persignaba, daba golpes de pechos, de forma, que ántes de pensar en venir á México, ya se pudiera equivocar entre los Christianos; pero no obstante todo eso, no permite el amor que se debe á la verdad, como que es Madre de la Justicia, y á quien todos deben reverenciar, el disimular, ó callar, que muchas cosas que se expresaron en el Memorial las dictó el discurso, y no la experiencia; pues esta le hizo al Padre Garzés advertir repetidas veces el que para la expedicion de aquellas Misiones, no se habia de contar con la fidelidad de Palma, porque él solo era Capitan de una Ranchería, y no muy numerosa.

Deseábanse en México para el expediente de las nuevas Misiones los informes y diarios que se le mandaron formar al Padre Garzés; pero no habiendo cumplido con los encargos de S. E. con la exáctitud y eficacia que le dictaba su propio zelo, hasta el día diez y siete de Septiembre que concluyó su peregrinacion llegando á su Mision de San Xavier, tardó en formalizar y trasladar sus Diarios hasta Enero de setenta y siete, que los remitió al Exmo. Señor Virrey. En su vista se puso el expediente de la fundacion de las Misiones en su último estado; pero estando ya para extenderse los despachos, se suspendieron

por las nuevas providencias que el Rey habia ordenado para el gobierno de todas aquellas Provincias internas, creando un Comandante General con absoluta facultad é independencia del Virreynato, que como Gefé las gobernara, cuyo empleo vino á servir el Caballero Don Teodoro de Croix; y como el Inspector Don Hugo de O Conor fue promovido al Gobierno de Campeche, quedó el mando de todas aquellas Provincias en manos de los Ministros, todos nuevos y sin práctica de sus importantísimos negocios.

Quando el Caballero nuevo Comandante General llegó á México, se mantenía allí el Indio Palma; y trayéndole al Capitan Ansa la promocion de Gobernador del Nuevo México, que era quien corria con los asuntos de las nuevas Misiones, quedaron suspensos; pero el Señor Virrey, deseoso de que este negocio que habia llenado los anhelos de su zelo para que fuera exáltada la Fe de Jesuchristo en aquellas bárbaras Naciones, no quedara preterido, lo recomendó al Caballero Comandante, haciéndole pasar el expediente que tenia ya pronto para la ereccion de las Misiones, con todos los diarios de las expediciones que se habian hecho, informes y demas documentos que lo instruian: en cuya inteligencia trató á Palma y sus compañeros con mucha afabilidad, y le dió palabra de que luego que llegara á la Provincia, dispondria que los Padres Misioneros y los Españoles fuesen á establecerse en sus tierras, con otras promesas que despues les produxeron á los Padres grandes molestias, con lo que Palma salió de México muy agradecido, y creído de que se verificaria todo como se le habia prometido.

Entre los diarios y demas documentos, se entregó de órden de S. E. al Comandante General una Carta del Padre Garzés, á la que le contextó desde México por Marzo de setenta y siete, y le dice: que mandaba al Comandante de Monterey que agasajase á los Indios del rio Colorado quando llegasen á aquellos establecimientos: lo que sin duda se produjo de los temores que el Padre tenia de que, si se executaba lo que tenia mandado dicho Comandante al Cabo de la Mision de San Gabriel, que los prendiera, y así los sacara para sus tierras, se podia suscitar una guerra en aquellas Naciones que habia visitado, y pacificado unas con otras; y agraviada una de los Españoles, podian darse por sentidas todas, de lo que se seguiria no solo el frustrarse todos los gastos y trabajos que habian costado las expediciones de comunicacion por el rio Colorado con aquellos establecimientos, sino que se impediria la fundacion de las nuevas Misiones, ó si se ponian sería con el grave peligro de que agraviados los Indios por los Españoles, á qualquier movimiento que éstos hicieran, tendrían ellos pretextos para motines y alzamientos. Tambien le decia que en quanto á la traslacion de los Presidios de Buena vista y Horcasitas, á los rios Colorado y Gila, que estaba proyectada, daría las providencias luego que se le pasasen los recados que la habian determinado.

Por esta Carta supo el Padre Garzés la promocion del Comandante General Caballero de Croix, y dándole el parabien de ella, le remitió el Mapa que habia formado el P. Fr. Pedro Font, comprehensivo de todos los terrenos que se habian andado en la expedicion última hasta San Francis-

co, y que él mismo había descubierto peregrinando solo hasta el Moqui. A todo le contextó el Señor Comandante, dándole muchas gracias, y manifestando grandes deseos de llegar á la Sonora, para practicar lo que tenia premeditado, que segun despues dixo, era pasar personalmente al rio Colorado, y por él á Monterey. lo que si se hubiera verificado, hubiera sido en gran beneficio de aquellas Provincias, y de todas las Naciones que estaban propaladas á reducirse; pero aunque el Caballero así lo pensaba, Dios dispuso que una grave enfermedad le detuviera mucho tiempo en Chihuagua.

Ya por ese tiempo tenia el Rey N. Sr. la noticia de la venida de Palma á México, y visto el Memorial con que pidió el santo Bautismo, como tambien los Diarios de las expediciones antecedentes, y por Carta fecha en el Pardo á catorce de Febrero del año de mil setecientos setenta y siete, le ordenó al Comandante General Caballero de Croix, que atienda en todas sus pretensiones á Palma, como lo había hecho el Señor Virrey, y le conceda las Misiones y Presidios que solicitaba, con otras cosas, que si se hubieran verificado, no solo se hubiera facilitado la reduccion de tanto Gentilismo, sino que se hubieran erigido las Misiones con la solidez y firmeza que en tan remotos y peligrosos establecimientos eran necesarias. Tambien mandó el Señor Ministro por orden de S. M. Carta al Señor Virrey, para que en nombre de S. M. le diera las gracias al Padre Garzés, como consta por la que S. E. le escribió, en que dice: «Con fecha de tres de Mayo último me previene de orden del Rey el Illmó. Señor Don Joseph de Galvez lo siguiente. En la Carta de V.

«E. de veinte y siete de Enero de este año, y en la que incluye de la del P. Fr. Francisco Garzés, ha visto el Rey con mucha satisfaccion las noticias que dá este Religioso de sus peregrinaciones desde el rio Colorado á la Mision de San Gabriel, y de ésta al Moqui, atravesando por Naciones desconocidas. Espera S. M. el Diario que tiene ofrecido, y manda que en su Real nombre dé V. E. las gracias al Padre Garzés por el zelo y fervor con que se emplea en descubrir, tratar y atraer Naciones tan ignoradas. Cuya Real resolucion traslado á V. R. dándole las gracias á nombre del Rey por el teson con que sin perdonar fatiga se dedica V. R. á introducir la semilla Evangélica y el vasallage al Soberano en tan remotas distancias. Dios guarde á V. R. muchos años. México nueve de Agosto de mil setecientos setenta y siete años.»

Era ya el año de setenta y ocho por Marzo, y el Indio Palma que estaba creído, segun había entendido las promesas que se le hicieron en México de que habían de ir en su seguimiento los Padres y los Españoles para establecerse en sus tierras, y veía que ni trazas había de que esto se verificara, hizo viage hasta el Presidio del Altar para informarse de la causa. No fue de poco embarazo para el Capitan el satisfacer á sus instancias; pero se las divirtieron con decirle que el Comandante General estaba dispuesto á pasar al rio Colorado con los Padres y Españoles, pero que andaba primero visitando los Presidios del Oriente, y que en viniendo de ellos iria á visitarlos á ellos, y fundar las Misiones y Presidios: con esto aquietó el Indio sus ansias, y se volvió á esperar el cumplimiento de es-

tas promesas. Veía que se pasaba el tiempo y acababa el año sin que nada de lo que se le había dicho se verificara, por lo que los parientes le molestaban diciendo, que quanto les había contado eran mentiras, y sonrojado hizo otro viage; llegó al Presidio del Altar, y su Capitan Don Pedro Tueros estaba de Comandante de las Armas en el de Horcasitas, y pasó á él lleno de deseos de cumplir su empresa, y le representó al Capitan los motivos que le precisaban á repetir sus instancias. Obligado de ellas dió el Capitan cuenta de todo al Comandante General, que todavía estaba en Chiguagua; pero así por los órdenes que tenia del Rey, como por las promesas que en México le había hecho á Palma, y la razon que conocia tener para repetir sus instancias, determinó enviar Padres á su tierra, y le escribió el dia cinco de Febrero del año de setenta y nueve al Padre Presidente de las Misiones, y juntamente al Padre Garzés, dándoles noticia de las representaciones de Palma, por las que resolvía que luego pasase el Padre Garzés acompañado de otro Religioso al rio Colorado, para que consolasen á los Yumas, y comenzasen el catequismo y bautismo de aquellos Infeles.

Al mismo tiempo mandó á los Gobernadores Político y Militar, ministrasen de pronto todo lo necesario, y desde luego se empezó á tratar sobre los avíos para la execucion. El Padre Presidente exploró el ánimo del P. Fr. Juan Diaz, que había entrado con la primera expedicion acompañando al Capitan Ansa, y al Padre Garzés; pues habiendo ya estado en aquel rio, y tratado á sus Indios, no le causaria novedad el volver á verlos; y ofreciéndose el Padre

á lo que la obediencia le ordenara, quedó asignado para la empresa. El Gobernador Político Don Pedro Corbalan, desde luego dió Libranza para todo lo necesario: el de las Armas Don Pedro Tueros, no pudo dexar de manifestar tibieza para señalar la salvaguardia, por tener pocos Soldados para la defensa de la Provincia, y quando estaba muy orgulloso el furor de sus enemigos, y haciendo en todas partes robos, y sangrientos estragos: con todo contextó al Oficio en que se le pedia la suficiente escolta, que el Padre Garzés eligiese la que gustase, atendiendo á que necesitaba, y había de hacer mas con pocos Soldados buenos que con muchos malos; pero sin asignar el número cierto y destinado á la jornada. Era esta reserva para sincerar su conducta, y mas en las circunstancias de haber llegado al Presidio del Altar quatro Indios Yumas con la quexa de que otros tantos de los Papagos habían matado á uno de su Nacion, y esto hacia temer que se dificultara el paso por la tierra de éstos, para la expedicion que iba á la de los otros.

Era este negocio de tanto peso que exigía muchas y serias consideraciones para su buen éxito, y por eso desde la primera conferencia que el Presidente de las Misiones tuvo con los Padres Diaz y Garzés sobre el orden del Comandante General para que luego pasasen al Colorado, la razon natural persuadia se le respondiese, que estaban los Padres prontos á ejecutarlo en la misma hora, que tambien lo estuvieran las necesarias y correspondientes providencias: pues la experiencia les había hecho ver que de ningun modo convenia admitir fundaciones con la condicion de por ahora, reservando para despues

Las providencias; lo uno porque la misma salvaguardia, viveres y apuros se necesitan para vivir y promover el ministerio estando los Ministros en calidad de interin, que estando ya de asiento; lo otro porque las providencias que no se dieran por entonces para aquietar las instancias de Palma, y promesas que se le hicieron en México, tampoco se darian despues, quando dichas instancias estuvieran eludidas con la ida de los Padres y algunos Españoles á sus tierras.

Fundaba este temor la experiencia de lo que sucedia actualmente con los Seris del Pitiqui: pidiósele al Padre Presidente, Ministro que los asistiera, y respondiéndole que estaba pronto para luego que se dieran las debidas providencias, se recibió tan mal esta respuesta, que se llevó en tono de querrela al Señor Virrey; S. E. lo encargó al Colegio, y ordenándole éste, se puso Misionero; pero las providencias nunca se vieron. Se mandó que el Presidio estuviese en el Pitiqui á vista de los Seris; pero presto se quitó, sin dexar de considerar que aquella Mision necesitaba quince Soldados de escolta: estuvieron un mes, y al remudarlos para el siguiente, ya no fueron tantos, ó luego se reduxeron á tres, sin órdenes algunas respectivas al resguardo de los Padres, ni sujecion de los Indios, de lo que resultaron los sangrientos estragos y robos en toda la Provincia, en que siempre se veían Seris y Piatos juntos con los Apaches.

Estas y otras prácticas consideraciones les hacian fuerza á los Padres; pero ellos mismos reponian que si los Yumas se alteraban, como ya algo se percibia por las razones de Palma, pues muchos de ellos decian que todo lo que les habia contado

eran mentiras, y que nunca se verian los Padres y Españoles en su tierra; se habia de atribuir á que los Padres no fueron quando el Comandante General lo ordenaba. Contrapesando este orden con la tibieza del Comandante de las Armas para asignar la salvaguardia, resolvió el Padre Garzés la conferencia diciendo: «Debemos poner la confianza en Dios, por cuya causa vamos, y no se debe temer en esta fundacion lo que sucedió en la del Pitiqui, porque la inmediacion del gobierno impide las demoras que hubo allí. Este es empeño del Comandante General, y el primero que se le ofrece y va en ello su honor: se halla encargado particularmente de la Corte, y así vivo persuadido se ha de verificar, y pronto, el que se ponga un Presidio en el rio Colorado.» Esto era lo que se debia esperar, porque habiéndole entregado todos los documentos del expediente al Comandante General en México, allí veria que el Capitan Ansa habia respondido á la consulta de S. E. que convenia se fundaran Misiones en el rio Colorado; pero que en el interin se estableciera en él un Presidio con dotaciones mayores que las regulares de la Provincia, para dar siquiera Soldados de salvaguardia á cada Mision; pero de no hacerlo así, que no se fundasen las Misiones.» Dixo tambien que no aprobaba la traslacion de los Presidios de Buena-vista y Horcasitas, por considerar ser muy precisos en la Provincia: lo que mas que nunca se estaba viendo en la presente coyuntura; pues no se oian en toda ella sino clamores y llantos, por las desgracias, robos y asaltos con que fatigaban los enemigos hasta los mismos Presidios.

Hecho cargo el Padre Garzés

del lastimoso estado de la Provincia, y de la respuesta del Comandante de las Armas, se contuvo en no pedir mas que quince Soldados con un Sargento, pero escogidos por el mismo de los Presidios del Tuczon y del Altar, temiendo que si pedia mas se le habian de negar, y esperanzado de que este número pedido era solo para el pronto, y que despues se darian completas providencias para todo. No fue bastante toda su moderacion para que se atendiera, y solo se le concedieron doce Soldados para la jornada. Iba ésta haciéndose cada dia mas difícil, porque desde Febrero á Julio se habia pasado en prevenir las cosas el tiempo ménos malo para marchar por Sonoytac, y ya era el de la seca y falta de agua; pero instando los órdenes del Comandante General, y por otra parte el que el Indio Palma habia de extrañar la tardanza, y esta pudiera traer malas consecuencias, salieron los Padres Diaz y Garzés á su destino el dia primero de Agosto del año de setenta y nueve, y llegaron al dicho parage: el diez salieron para el Colorado, y faltándoles la agua, se vieron precisados á revolver á Sonoytac, y resolvieron que el Padre Diaz se quedase allí con toda la comitiva á esperar que lloviera, y el Padre Garzés pasara á la ligera con dos Soldados y un explorador al rio Colorado, al que llegó á últimos de Agosto; y como habia ido desaviado de un todo, el dia tres de Septiembre envió á los dos Soldados, y le escribió al Padre Diaz diciendo: «que ha encontrado aquello muy revuelto: que los Jalchedunes se alzaron contra los Yumas pertenecientes á Palma, y que éste, y los suyos están muy joviales, pero los otros algo ariscos; que tenian mucha necesi-

dad de todo, y que si por falta de agua no puede pasar luego, que despache los Soldados, y que lleven abalorio, vayeta y sayal para buscar que comer.» Con esta Carta remitió otra para el Comandante General, en que le dá parte de todo, y le dice se necesitan grandes providencias y efectivas, para no exponerlo todo.

Aquí viene bien un pasage de Carta que el Padre Garzés escribió muy posteriormente al R. V. Discretorio, por hablar en él de esta llegada al rio Colorado, y dice: «Quando llegué á esta Nacion (de los Yumas) solo la hallé tan impresionada en las maximas del interés por las conversaciones de Palma, á quien se le hicieron que sé yo que promesas en México, que formé concepto de que la disposicion era muy mala y urdida del Diablo; pero conociendo que Dios puede mas, y que aquel interés que esperaban se les olvidaria con el tiempo, y se contentarian con dádivas de poco momento, nada dixé al Caballero, ni á algun otro, sino que todo me lo tragué, y resolví poner en práctica la Mision, y asegurar el establecimiento tan apeteccido, y tan impugnado hasta la presente de Capitanes, Gobernadores, &c. pues si no hubiéramos atropellado con todo para salir de la Provincia, todavia no se hubiera verificado.»

Llegaron los dos Soldados enviados del Padre Garzés á Sonoytac, y al mismo tiempo un Indio Papago dió la noticia de que algunas Rancherías de su Nacion se habian alborotado con la expedicion dispuesta para el rio Colorado, y que habian determinado darle un violento asalto para matarlos á todos, y hacerse dueños de los avíos y caballos: no habia

allí mas que quatro Soldados con el Sargento, y poseídos del miedo les parecia que ya eran víctimas de su furia, y sin mas consejo que el que les daba su temor, determinaron huir y desamparar el sitio, de modo que el Padre Diaz se vió muy acongojado, considerando que no debiendo él seguir por tan leve fundamento un exemplo tan vergonzoso, se quedaba solo; y así para contenerlos se valió de razones y ruegos, para que esperaran siquiera el tiempo necesario, para que fueran dos Soldados al Presidio del Altar á pedir socorro.

Luego que el Capitan Tueros recibió esta novedad la participó al nuevo Gobernador de las Armas, y éste le respondió que el Señor Comandante General era ya de otro dictámen, y de que los Padres no entraran al rio Colorado hasta que él llegara al Presidio de Horcasitas. Esta sí que era mayor novedad para los Padres, y que el Capitan Tueros la envió al Padre Diaz sazonzada con decirle que habia remitido el socorro pedido para Sonoytac, y que los Soldados se habian vuelto diciendo, que todas las noticias que se le escribieron eran mentiras: pero que no obstante, le parecia conveniente el que los Padres se vuelvan, y que quando el Caballero Comandante General llegara á Horcasitas, se tratarian las cosas con formalidad. No era el Pa-

dre Diaz tan tardo que no conociera el impulso de esta avenida, pero le divirtió la fuerza contextándole: «que no eran los Padres libres para condescender con su dictámen, quando les era preciso cumplir los órdenes del Comandante General, por los que se habian puesto en camino, y sin reparar en incomodidades y trabajos, ya el Padre Garzés estaba en el rio Colorado, y él pronto á seguirlo, y que habiéndose ya hecho los gastos al Rey, y dado cuenta de todo al Comandante General, mas conveniente, y aun forzoso, era continuar lo comenzado.»

Así lo executó, y con bastantes fatigas llegó al rio Colorado, desde donde en compañía del Padre Garzés escribió el dia cinco de Noviembre al Intendente, pidiéndole algun auxilio para poder comprar los alimentos de que estaban muy necesitados, y tambien al Comandante General, dándole parte del cumplimiento de sus órdenes, y executándole á que hiciese efectivas las ulteriores providencias para radicar con fundamentos sólidos, así las Misiones, como el pueblo de los Españoles; pues el subsistir allí los Padres con doce Soldados, y atenidos á solos los sínodos, no era reducir, sino entretener á los Indios, los que cada dia iban desconociendo mas de los Españoles.

## CAPITULO VIII.

*Viene el Padre Diaz á informar al Comandante General del estado de las cosas del rio Colorado, y se determina el fundar dos Misiones.*

**L**UEGO que los Padres se juntaron el dia dos de Octubre del año de setenta y nueve en el rio Colorado, se vieron rodeados de innumerables Indios, que venian al repartimiento de ropa, tabaco y demas cosas que el Indio Palma les habia hecho creer que les regalarian los Padres y los Españoles. No solo ellos quedaron engañados con tan lisongeras promesas, sino que el Comandante General lo estaba tambien con las reiteradas de Palma. Esto indicaba el Padre Garzés en Carta que escribió al R. y V. Discretorio, diciendo: «Quando el Caballero ordenó mi venida á esta Nacion, mandó catequizar y bautizar generalmente, formando alto concepto de la disposición de la Nacion para el Cristianismo, y del imperio chimérico de Palma. El Caballero debía venir personalmente, y yo suponía por las Cartas del Capitan Ansa, que se destinarían á lo ménos ochenta hombres para este rio, y que aunque la providencia no es tan grande, pero se espera que acabada la guerra será mayor.» Este fue otro engaño de su esperanza, que despues le costó la vida.

Entre este fuego de palabras era lamentable la falta de las obras, y estando ya juntos los Padres con los doce Soldados, y otros Intérpretes en el rio Colorado, se vieron afligidos sin tener ni los precisos alimentos: para adquirir algunos se valieron de la vayeta, sayal, tabaco, abalorio

y demas que llevaban para hacer á los Capitanes algun obsequio: los Soldados lamentaban su destino al verse sin cigarros, necesitados de todo, y mas de no tener quien les hiciese una tortilla. Esta total indigencia obligó al Padre Garzés á escribirle el dia seis de Noviembre al Señor Comandante General, dándole individual noticia del estado de aquellos Indios, y necesidades que se estaban padeciendo; pues desde Agosto habia aprobado su Señoría la ida de los Padres al Colorado, y era de esperar mandase se les enviaran los correspondientes socorros.

Ya recobrada la salud, llegó el Señor Comandante á Arispe el dia trece de Noviembre, en donde recibió las Cartas del Padre Garzés; pero sabiéndolo los Padres, determinaron, que para darles mas eficacia á sus expresiones, se personara en Arispe el P. Fr. Juan Diaz, y le comunicara al Señor Comandante todos los asuntos y urgencias en que se hallaban, y para no faltar al órden de que estuvieran allí dos Religiosos, fue el P. Fr. Juan Antonio Barreneche á acompañar al Padre Garzés.

Venido á Arispe el Padre Diaz informó muy por menor al Señor Comandante, sin omitir la novedad y extrañez que manifestaban los Indios, y todo lo que le pareció necesario para reducirlos con fundamento: de estas conferencias se movió el Comandante General á determinar que se establecieran en el rio Colorado